



REVISTA DE LOS CAZADORES.

EL LOBO.

CONDICIONES ZOOLOGICAS.—MODO DE CAZARLO.

(Conclusion.)

II.

La caza del lobo se hace más usualmente á espera, en ojeo, en mano, con máquinas y cepos lóberos, con morcillas de estrignina, en corrales fijos, en amovibles, al rastro y la carrera.

La espera se hace de diferentes maneras: á la vereda, al cebo y á la querencia de los hijos: las dos primeras de noche con luna, y la última puede verificarse de día.

Para hacerla á la vereda, se tiene mucho cuidado en tomar la más frecuentada, que lo conocerá el cazador por la huella, prefiriendo siempre la más alta en las tierras y montes, en arenales cercanos á los ríos ó cazes: reconocido y cerciorado de que por ella ha pasado, arrastra una manta, capa ó cualquier prenda de ropa usada, formando un círculo de unos cincuenta pasos, dejando en medio la vereda y colocándose bien oculto el cazador en un punto que esté cómodo y á unos treinta pasos de distancia del círculo que formó. Cuando el lobo llega

al sitio donde se arrastró la ropa, se pára recelando algun peligro, en cuyo momento debe el cazador tirarlo, pero sin apresurarse, teniendo presente que si no lo mata, excusa volver al aguardo, pues no vendrá. Otros hacen el círculo con carne: el resultado es igual, pero más fácil con la ropa.

El cazador, y principalmente el que dirige la batida, deben tener muchas cosas presentes si quieren obtener un buen resultado: todas ellas son indispensables; pero en particular, cuatro son de absoluta necesidad. 1.º Cuando se bata un monte, se colocarán las escopetas en la mayor espesura, teniendo cuidado de que puedan ver venir el lobo, lo que se consigue buscando las veredas y puntos altos, pues correrá mejor y sin recelo de lo más claro á la mayor espesura, por creerse más seguro. 2.º Como este animal prefiere, cuando lo echan de su guarida, la mayor espesura para no ser visto y poderse salvar de las asechanzas de los cazadores, deben colocarse algunas escopetas en el paraje más próximo, ó en la línea que forme de uno á otro sitio, pues es seguro prefiere el camino más corto. 3.º El viento, de cara á los tiradores, es cosa indispensable; y 4.º Si se muda el viento cuando están colo-

cadass las escopetas, debe suspenderse la batida si les da de espalda á los cazadores, ó hacer un cuarto de conversion y ponerse á cuchillo.

Para la caza al cebo, se conduce al paraje más á propósito una caballería muerta, teniendo presente que á la distancia de 25 ó 30 pasos, haya un árbol, en el cual se hace el puesto lo más cómodo posible, untando la suela del calzado con sangre ó manteca, cuando se traslade á la espera, y con el mayor silencio. Por regla general, no acuden hasta la segunda noche, que el olor de la carne muerta los atrae. El hacer el puesto en alto es muy conveniente, tanto porque se neutralizan los efectos del viento, cuanto por no recibir el mal olor que despiden la carne en putrefacción cuando el puesto es en el suelo, y también porque se quita el recelo al lobo, que es muy cauteloso.

Á la querencia de los hijos, se les caza cuando se encuentra una camada: se espera á la madre, ocultándose todo lo mejor posible, y si no fuese dable ocultarse, se atan los lobeznos con una cuerda y se les arrastra hasta el sitio más conveniente, en la seguridad de tirarla si el cazador está bien oculto y tiene el viento á la cara, evitando en la elección del puesto los revocos del viento: si nota el cazador que la loba aulla, y no se arrima á los hijos, es prueba que lo sintió; debe mudarse, pues ella vendrá.

El ojeo, ó por otro nombre, batida, es, en mi concepto, el más incierto, por las razones de que no es posible marchar con silencio muchas personas; y aunque fuera dable, que no lo es, solo las pisadas son suficientes para hacer verse los lobos fuera del terreno de la batida. Como por pequeña que sea esta, es indispensable un número de ojeadores y de escopetas bastante crecido, unos y otros tienen que hacer ruido al andar. Sin embargo, estoy porque deben verificarse en todo tiempo, pero más en invierno, pues si no se logra matar, se consigue el ahuyentarlos del sitio que se bate, y si se acostumbrara que cada propietario ó arrendador en días marcados diesen ojeos en sus posesiones, se conseguiría matar alguno.

El mejor medio de destruir tan perjudicial animal es con la morcilla rellena de estrignina, siempre que no pueda perjudi-

car á perros, jabalíes ó liebres, que son aficionados á la carne.

Para conseguir la destrucción de los lobos sin el peligro de matar otros animales, se verifica del modo siguiente: se hacen muchas incisiones á una caballería muerta, en particular en el lomo, de profundidad de una pulgada, rellenándolas con la estrignina y cosiéndolas despues para que no se viertan los polvos; se atan las cuatro patas á la caballería con una cuerda hecha de mimbre ó bardaguera, y se la cuelga de un árbol, de modo que quede elevada del suelo vara y media, logrando de este modo destruir los lobos, zorras, águilas y maricas, que son muy dañinas para las perdices y conejos.

También se cazan con corrales fijos. Se construye en el paraje ó parajes convenientes, al pié de una ladera, un cuadro de tres varas de alto, formado de pared por tres lados, y por el otro excavando la tierra de lo pendiente de dicha ladera; se hace un saliente de barda ó ramas delgadas desde la misma ladera, como de vara y media de largo y de todo el ancho de aquel lado del cuadro, para que al llegar á él los lobos atraídos por el olor del cebo, que suele ser alguna caballería muerta, ceda á su peso y caiga dentro.

Los corrales amovibles, cuyo invento excede al anterior para conseguir la destrucción de los lobos, se forman con maderos de tres varas de alto, hincándolos media ó algo más en la tierra, y en forma de círculo, cuyo diámetro sea como de dos varas, dentro del cual se coloca una res lanar viva con cinorro para que sirva de atracción; despues se forma exteriormente á este, otro círculo concéntrico, también con maderos, de manera que solo quede de uno á otro círculo el trecho necesario para poder pasar el lobo y que no pueda volverse, cuidando de entrelazar por arriba, tanto los maderos de uno como de otro círculo con una soga de esparto, y aun mejor con una soga hecha de bardaguera, pero nunca con cáñamo, y dejar en el círculo mayor un hueco, donde se coloca una pequeña puerta de madera que se abra hácia adentro, y puesta en forma de mampara para que se cierre por su propio peso, aunque sin picaporte ni cosa alguna que impida el que, á un pequeño empuje,

pueda abrirla por fuera el lobo ó lobos que sucesivamente vayan acudiendo.

Cuando son heridos de bala que les rompe algun miembro, gritan, pero se dejan matar á palos sin quejarse ni defenderse; cuando se matan dentro del corral, debe cambiarse el madero que se manchó con sangre.

Recomiendo estos corrales á los pueblos que por desgracia se hallen acosados de este azote: tienen las ventajas de poderse trasladar de un punto á otro, nodesperdiciar la res viva y ser de pequeño coste, cuidando siempre de que para ponerlos se unten las suelas del calzado y las manos con manteca rancia. Este ó cualquier otro medio es preferible á las batidas comunales, que no dan resultados, y sí gastos, y aun desgracias.

Se cazan tambien con cepos y máquinas loberas; con la de fuego, que consiste en poner sobre un madero con cuatro piés, en forma de mesa, 10 ó 12 cañones de pistola con los oídos hácia arriba, sujetándolos por medio de tornillos al madero; se cargan con balines y se hace un reguero de pólvora que coja todos los oídos de los cañones, que deben colocarse en forma de abanico; se pone una llave de escopeta en el medio del madero, poniendo en el gatillo un alambre que pase por debajo del madero; al frente de los cañones, y al otro extremo, se pone de cebo carne, sea del animal que quiera, y se gradúa la puntería, siendo lo último montar la llave. Si llueve, se tapa la pólvora con un hule, y lo mismo si estuviese el tiempo húmedo. Esta máquina no debe ponerse ni en caminos ni en veredas, por la gran exposicion de que si tropieza una persona, es muerta sin remedio: solo se usa cuando hay muchos lobos.

Entre los muchos medios que el hombre ha inventado para destruir tan dañino animal, figura el de los rastros, muy seguro y poco molesto. En invierno están más propensos á padecer hambre, pues generalmente los ganados quedan guardados: por lo que considero la mejor época. Luego que se vió huella de lobo, que los inteligentes conocen muy bien, pues se diferencia mucho de la del perro, y en particular en dejar marcados tres hoyitos en cada pisada, se toman tripas de carnero en cantidad, se hacen dos atados, y desde un punto dado

principian á atrastrarlas dos muchachos montados en caballerías, girando en distintas direcciones hasta medio cuarto de legua, volviendo por otro camino al punto que se marcó; despues de bien rastreado, se ponen los cepos ó máquinas en el centro, á distancia de media vara uno de otro, y en el centro otra porcion de tripa ó carne, encargando mucho que los que pisen por el sitio donde se pongan los cepos, unten las suelas del calzado bien con manteca rancia ó con sangre.

Tambien se cazan con perros que estén enseñados á perseguirlos, que son pocos, por lo mucho que les repugna. Esta caza se reduce á que luego que por la huella conocen hay lobo en monte ó sierra, se reunen los cazadores, unos á pié y otros á caballo, dividiéndose en tres grupos: uno queda con dos ó tres perros para entrar batiendo el monte, y los otros dos se ponen apostados en la huida con el resto de los perros; cada uno en diferente punto, si puede ser, ocultos, con el objeto de que cuando el lobo ó lobos salgan huyendo, se encuentren con los perros de las paradas.

III.

Las muchas leyes y pragmáticas que se han dado por los soberanos y sus consejos, prueban más y más la necesidad de extinguir los lobos por lo muy perjudiciales que son, no solo á los ganaderos, sino á todo el mundo, pues nada respeta su indole destructora. Cuantos decretos y leyes de caza y ganadería se han publicado, en todas se pone recompensa para el que mata un lobo; pero cantidad insignificante para que sirviese de estímulo á los cazadores ó al que se dedicase á cazarlos. Desgraciadamente esta recompensa ha sido suprimida, y el resultado era consiguiente: no habiendo estímulo, nadie se dedica á su exterminio, propagándose, en su vista, la especie para ser el azote de ganaderos y labradores.

Este invierno presencié una escena desconsoladora: una familia de siete personas contaba para sus necesidades con el trabajo del padre y una yunta compuesta de una mula y una burra: tuvo la desgracia de que los lobos se comieran la mula, y no siendo posible comprar otra, esta honrada familia

hubiera perecido, á no dar la casualidad de encontrarse de caza en el mismo pueblo un caballero, que con mano franca les proporcionó medios para comprar otra.

Para conocer la importancia de las cosas, es preciso pasar por ellas: las clases más útiles en la sociedad son las de labradores y ganaderos, y por desgracia son los ménos atendidos: sujetos á las influencias atmosféricas, con sus capitales dos años enterrados para lograr una miserable recompensa; expuestos constantemente á ver devorar sus ganados por los lobos; á que talen sus sembrados ciertos cazadores por matar un despreciable pájaro, ó quizá á un incendio que cause la ruina de una porcion de honradas familias.

Nuestros reyes, siempre bondadosos, prestaban decidida proteccion á estas clases, y no solo daban con fruto grandes batidas en sus reales posesiones, destruyendo gran cantidad de lobos y animales dañinos, sino tambien dando recompensas á los que los mataban y presentaban. En particular el rey D. Carlos III, de inolvidable memoria por los innumerables beneficios que reportó á la nacion en su reinado, mató muchos, tanto en sus Reales sitios, como fuera de ellos. D. Carlos IV siguió los laudables ejemplos de su padre; y D. Francisco de Asís hace otro tanto. No solo resultan de la destruccion de animales tan dañinos, beneficios para todas las clases de la sociedad, sino que con estas batidas se fomentan las artes, se sostienen muchos artesanos, y los pobres encuentran un jornal en la estacion en que no los hay, y en que más los necesitan por el rigor de ella.

Son innumerables los decretos, Reales órdenes, pragmáticas, bandos y disposiciones que han regido en la materia, y que puede asegurarse han caído en desuso, incluso el mezquino decreto de 4 de Mayo de 1834, neutralizado por el Código. En este último decreto se dice que para fomentar el exterminio de animales dañinos se abonen 80 reales por una loba preñada, 60 si no lo está, y 40 por un lobo. Nada valia esta recompensa en comparacion al daño; pero desgraciadamente, ni aun esto se hace, porque en la actualidad aquella prescripcion es hasta desconocida en algunos pueblos. Nada diré por hoy del turon, que calculan los prác-

ticos destruye solo en conejos 3,000 cada año, sin contar las perdices.

Concluiré suplicando á quien corresponda, que se piense en proteger la propiedad, conteniendo los asaltos de los vagabundos, é imitando en las recompensas para la destruccion de los lobos y animales dañinos, á las que se conceden en Inglaterra y otros países.

CÁRLOS HIDALGO.

CARTAS DE JULIO GERARD

SORRE LA CAZA DEL LEON.

IV.

CONSTANTINA 4 de Setiembre de 1850.

Sabia que se paseaba por el pais de Smauls un viejo leon, y me dirigí hácia este lado, teniendo noticia, cuando llegué, de que se hallaba en Bonadif, cerca de Batuah. Despues de haber andado cien leguas en diez dias, en seguimiento de mi enemigo, sin guiarme por otra cosa que por su huella, pude al fin oir su voz en la noche del 22 de Agosto.

Habia establecido mi tienda en el valle de Ourten. Un solo y único sendero atravesaba este espeso valle, y me fué fácil encontrar sus pasos y seguirle hasta su retiro. Á las seis de la tarde echaba pié á tierra sobre una eminencia que dominaba el paisaje. Iba acompañado de un hombre del pais, que llevaba mi carabina, y de mi spahis, que iba armado con mi antiguo fusil.

El leon dejó oir su voz en el bosque al anochecer, pero en lugar de dirigirse hácia mí, tomó hácia el Oeste, á un paso tal, que me fué imposible seguirle.

Volví, pues, atrás, y me establecí al pié de un árbol, situado sobre el sendero que habia atravesado el leon.

El campo estaba despejado y cultivado en aquel paraje; la luna esparcia una claridad dulce, pero vivísima, de modo que desde allí podia distinguir á mi enemigo por todas partes. Me instalé, pues, y esperé.

Fatigado por una parte á causa de una caminata de muchas horas; esperando por otra muy poco de aquella noche, recomendé á mi spahis que velase, y me acosté.

Poco me faltaba ya para entregarme en brazos de Morfeo, cuando sentí que me tiraban dulcemente de la manga de mi albornoz. Me incorporé, y pude ver dos leones, sentados uno enfrente de otro, á unos cien pasos, y en el mismo sendero que yo ocupaba.

Al pronto creí que hubiéramos sido aperebidos, y me propuse en el acto sacar el mayor partido posible.

La luna alumbraba el espacio que los leones

BIOGRAFÍA.

EL BARON HAUNS DE HENFERNSTEN.

Bernardo de Hauns, baron de Henfernsten y dueño de un hermoso castillo feudal con todas sus dependencias de bosques, sierras, lagos, colinas, alamedas y aldehuelas, situado á dos leguas al Norte de Viena, nació en el año 1650, residiendo en su señorio hasta la edad de veinticinco años, en que la muerte de su padre el baron Astolfo de Hauns le puso en posesion de los bienes y títulos que como primogénito le correspondia.

Tenia un hermano á quien amaba tiernamente, y que habia sido hasta entonces su único compañero y amigo, porque la situacion topográfica del castillo, demasiado agreste, hacia que sus habitantes estuvieran casi siempre aislados del trato social.

En compañía de este hermano habia recorrido todos los rincones del bosque durante mucho tiempo, y amaestrados por su padre, eran los dos muy buenos cazadores cuando apenas contaban quince ó diez y seis años. Mas si entonces hacian de la caza su diversion favorita, muy bien pudiera consistir en que no tenían otra, porque entre el severo mueblaje del palacio solo se encontraban, como objetos de recreo, las armas y trompas de caza, y la selecta biblioteca, compuesta de obras todas muy notables, pero demasiado serias para llevarse por mucho tiempo la atencion de nuestros jóvenes.

Bernardo, sobre todo, habia siempre concedido mucho mas tiempo al exámen de un buen caballo ó de una pesada carabina, que á cualquiera de los poetas griegos ó latinos; y cuando su hermano se entregaba al estudio, aunque fuera solo por algunas horas, él se marchaba á recorrer el bosque en busca de las huellas de una corza, un venado ó un jabali.

Hemos dicho que nuestro héroe tenia veinticinco años cuando la muerte de su padre el baron de Henfernsten le puso en posesion de todos sus bienes como á primogénito; pero Bernardo nunca pensó en hacer uso del derecho de primogenitura, y seguia viviendo con su hermano en perfecta armonia, sin el menor deseo de abandonar su castillo, cuando un suceso imprevisto vino á cambiar tan sensata resolucion.

Reinaba á la sazón en Francia Luis XIII, teniendo por ministro al célebre cardenal Richelieu, y el príncipe Gaston de Orleans se habia sublevado contra su hermano, ó más bien contra el ministro por la cuarta ó quinta vez; por que es harto sabido que dicho príncipe pasó su vida conspirando contra el cardenal, y haciéndose perdonar por él, entregando las cabezas de sus partidarios al hacha del verdugo.

Uno de estos conatos de sublevacion habia tenido lugar pocos meses antes de la muerte del baron Astolfo; y habiendo sido descubierto por Richelieu y decapitados algunos de los desgraciados amigos de Gaston, este se habia refugiado primero en la Lorena; pero temiendo comprometerse el príncipe lorenés, le acogió de una manera tan fria, que el de Orleans tomó el partido de pasar á Alemania donde contaba con algunos amigos. De este número habia sido el difunto castellano de Henfernsten, y como el duque ignoraba su muerte, se dirigió sin vacilar á la morada de Astolfo, donde encontró al joven Bernardo y á su hermano, que honrando la memoria de su padre, seguian sus mismas costumbres, leyendo en la biblioteca y cazando en sus bosques.

El joven baron sabia demasiado las obligaciones que le imponia su nombre, para faltar á los deberes de la hospitalidad; así que hizo al príncipe francés una acogida digna y cortés.

Gaston de Orleans poseia en alto grado el don fatal de hacerse simpático á cuantos le trataban; y decimos fatal, porque esas mismas simpatias que supo inspirar, hasta sin desearlo, fueron causa de que muchas cabezas de las más ilustres de Francia, rodasen en el cadalso.

Pocos dias habia pasado el duque en el castillo de Henfernsten, y ya Bernardo y Gaston eran amigos, confiando el príncipe al baron sus proyectos y esperanzas. Cuando Gaston de Orleans pensó volver á Francia, á donde le llamaba una orden de su hermano, Bernardo le manifestó cuánto sentia su partida, por más que celebrase la reconciliacion que era de esperar entre el príncipe y el rey.

—Querido baron, le dijo el duque: lo que mi buen hermano Luis, ó más bien su Eminencia el cardenal ministro desea, no es una reconciliacion franca, sino tenerme cerca de sí, porque me teme; y una vez en Francia, me señalará un punto de residencia, que seguramente no será la corte. Con que así, si no os asusta demasiado vivir en el destierro con vuestro nuevo y desgraciado amigo, pedid la vénia á vuestro soberano, y venios conmigo á Francia, que donde le plazca á Richelieu confinarme, no nos han de faltar perros, caballos, y algunas leguas de bosque para entregarnos á la caza, que por lo que veo, es vuestra diversion favorita.

—Mucho me honrais, señor, respondió el baron; y vuestros deseos serán órdenes para mí: así que me hallo dispuesto á partir al momento si gustais. Solo me atreveré á pedirlos el favor de que vaya con nosotros mi buen hermano.

SOFÍA TARTILÁN.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA.

SR. DIRECTOR DE LA CAZA.

Muy señor mío y estimado amigo: La caza con la hembra ha sido muy floja durante la temporada pasada, pues ninguno de mis compañeros ha matado en toda ella más de veinte pájaros. Por esta razón, y por haber estado también malo el celo del macho, se espera grande diversion con los pollos dentro de pocos días en las campiñas de Chiclana, Jerez, Medina, etc.

Por estos contornos rara es la hembra que se caza sin pollo, porque no todos tenemos la suerte de un compañero mío, poseedor de una hembra que nunca ha necesitado aquel estímulo, y casi siempre es el que mata más pájaros.

Días pasados se cazó en la parte llamada *Los Torruños* del Coto, que hay entre el Puerto de Santa María y Puerto Real, asistiendo los señores Vergara, Gasteln, Victoria, Osborne, Rodríguez, Polavieja, Ochoteco, Badanelli y su afectísimo amigo, y sucedió lo que era de esperar, pues como cazamos á guerra galana, y estaban los perros muy levantados, matamos solamente 45 pares de conejos en unas ocho horas. Al día siguiente fué un accionista solo, y en su batida logró matar 38 piezas.

Cuando se abra la parte del Coto más abundante de conejos y perdices, es cuando esperamos gran diversion. Ya estamos rellenando los innumerables cartuchos que se vaciarán solo en el primer día.

Deseo hacerme de los polvos profilácticos, pues estoy convencido de que ningún cazador deberá hallarse sin ese específico contra la rabia y mordedura de víbora.

Suyo siempre buen amigo y servidor,

C. JOUNGER.

Cádiz 10 de Julio de 1867.

CRÓNICA.

Dice un periódico de Bilbao:

«El jueves por la tarde veíase en la plaza de Vergara un enorme oso muerto, de 14 á 16 arrobas de peso, que habia sido cazado en los cercanos montes de Anzuela. Parece que un muchacho que iba á recoger su ganado al monte, se encontró de manos á boca con el animalito, que sin duda se paseaba. El chico empezó á gritar, y á los gritos fueron reuniéndose multitud de aldeanos de las cercanías, casi todos armados. El oso dió á huir, siendo perseguido en la carrera por más de 60 hombres, que continuamente le disparaban sus escopetas, cargadas con perdigones unas, y otras con balas de todos calibres.

Al atravesar un camino, faltó muy poco para que no hiciese un destrozo en una porción de niños que se hallaban jugando; pero afortunadamente varió de dirección cuando ya llegaba cerca de ellos.

Por fin, el animal, herido por mil partes, fué á caer en un matorral, donde le rodearon, rematándole con los golpes de las escopetas, azadas y todo lo que les venia á las manos. Un jóven que se le acercó, creyéndole muerto, recibió un terrible zarpazo que le desgarró el antebrazo. Muerto y cargado en un carro el enorme cuadrúpedo, fué llevado en triunfo, y encima de él montado el jóven herido, que llevaba orgullosamente su brazo en cabestrillo.

Este suceso ha extrañado sobremanera á todas las gentes, pues es un caso nunca oído el ver un oso por aquella parte.»

Las coles tienen enemigos irreconciliables en las orugas y gusanos que las devoran. Segun experiencias recientemente hechas por dos agricultores franceses de reconocida inteligencia, la *atocha* tiene la propiedad de hacer perecer estos insectos. Para preservar la col de dichos parásitos, basta colocar algunos ramos de esta planta entre las coles. Cada ramo de *atocha* basta para tres metros cuadrados de superficie.

El mes último no ha habido cacerías imperiales, y puede decirse que las escopetas y los perros de los cazadores franceses están en completo descanso.

Un periódico de la India dice que en una cacería que ha durado dos meses, el mayor Baigre, el coronel Chamberlain, el coronel Fraser y el capitán Martin, han muerto 36 tigres, 6 osos y 4 panteras.

El Sr. Pneutice, de Stiwmarket, ha introducido en la preparacion del algodón-pólvora algunos perfeccionamientos, en los que ha aplicado el sistema del profesor Abel, químico del departamento de la Guerra. Ha conseguido darle por medio de la compresion algunas cualidades preciosas, entre las cuales se pueden contar la de no hacer explosion en el aire, y la de adquirir al mismo tiempo mayor energía. Para prepararlo se hace el algodón explosivo de la manera ordinaria, y despues se le reduce á pulpa, segun el procedimiento del profesor Abel. Despues de separar completamente la fibra de la pulpa, se comprime esta con una prensa hidráulica.

Una cantidad de algodón-pólvora así preparada, produce un efecto igual al de seis veces de pólvora ordinaria.

Vemos con gusto que la circular dirigida á los alcaldes por el señor gobernador de esta provincia, empieza á surtir efecto. Presentamos como prueba el siguiente edicto del señor alcalde de Chinchon:

«En virtud de quejas producidas por dueños de propiedades, y con arreglo á lo que previenen

las disposiciones sobre caza, se prohíbe cazar en el término de Chinchon, no llenándose los requisitos que en las mismas se establecen.

Lo que se anuncia para que no pueda alegarse ignorancia. Chinchon 10 de Julio de 1867.—El alcalde constitucional, Ventura del Nero.»

Recomendamos á las autoridades como medida la más eficaz para evitar los abusos que se cometen en tiempo de veda, que se sirvan ordenar el decomiso de las piezas de caza que se traigan á los mercados, y la prohibición absoluta de su venta.

Las carreras de caballos celebradas en París el mes de Junio último, han estado concurridísimas.

En la primera fiesta, que tuvo lugar el día 1.º en el bosque de Boulogne, y á la que concurrieron con los emperadores franceses los soberanos de Rusia y Bélgica, se llevaron la palma *Patricien*, de M. Delamare, y *Fervacques*, de M. de Montgomery.

En las carreras de Vincennes (9 y 16 de Junio) obtuvieron premio *Last-Born*, de nuestro amigo el inteligente cazador baron de Herrisem; *Miss-Aurore*, de los hermanos Forcinal; *Said y Bon-espoir*, de M. Flersheim; *Vandal*, de M. Desvignes, y *Church-Militant*, del duque de Hamilton.

En las de Fontainebleau, que se celebraron en los últimos días del mes, ganaron los premios *La Favorita*, del conde de Lagrange; *Rocheport*, de M. Gartier; *Ambassadeur*, de M. Reiset; *Sephora*, de M. Debove; *Trocadero*, del conde de Lagrange; *Ruy-Blas*, de M. André; *Realité*, del duque de Fritz-James, *Le Sioulet*, de M. Lupin.

Como caballos de caza, han obtenido los dos premios concedidos por la emperatriz de los franceses, el primero, *Caronge*, de M. Bouracé; y el segundo, *Trente-et-quarante*, de M. Delatre.

Un periódico farmacéutico francés asegura que los caballos de genio fuerte y que no se prestan fácilmente á herrarse, pueden ser domados con facilidad, aplicándoles dos dracmas de aceite esencial de peregril, vertido sobre una esponja y aplicado á la nuez del caballo durante la operación.

Los malos temporales que han reinado el mes último en las costas francesas inspiraron algunas inquietudes á los labradores del vecino imperio, y el último paso de becasas ha venido á robustecer estos temores, pues según afirman los cazadores, en el presente año ha aumentado en un doble el número de esta clase de aves respecto de los precedentes, lo cual se tiene por un signo infalible de malas cosechas.

El mismo pronóstico y por la misma causa han hecho los cazadores más prácticos de Viena.

Aún no podemos decir hasta qué punto se realizaron los pronósticos.

Hace pocos días han debido celebrarse en el bosque de Boulogne grandes carreras de caballos, adjudicándose un premio extraordinario de 10,000 francos. No tenemos todavía noticia de esta brillante fiesta hípica, á la que creemos haya asistido una numerosa y lucida concurrencia.

El mes pasado el guarda-bosque de un rico propietario escocés ha cogido por medio de un lazo una águila dorada. Las dimensiones de las alas eran de siete piés y cuatro pulgadas. El guarda-bosque estaba ya á algunos pasos del águila, que hacia violentos esfuerzos por escaparse. De repente la ligadura que sujetaba el lazo se rompió, y el águila se elevó con el lazo en dirección vertical á una altura tal, que aparecía á los ojos del guarda-bosque con el tamaño de un mirlo.

Sin embargo, fatigada el águila, cae poco después á algunos pasos de distancia del guarda-bosque, el cual logró matarla de un tiro mientras se esforzaba por elevarse de nuevo.

ADVERTENCIA.

A los señores que deben suscripciones atrasadas les suplicamos las abonen, y nos avisen en el caso de no querer más tiempo el periódico. De los que tienen pagado hasta fin de este mes, esperamos se dignarán renovar lo antes posible.

Ya hemos dicho que no nos conviene expedir giros á cargo de los suscritores, á quienes les es fácil enviar sellos ó libranzas á favor del director de LA CAZA, calle de San Roque, núm. 1, cuarto bajo, derecha.

Confiamos, en su vista, que nuestros amigos y suscritores fijarán su atención en esta amistosa advertencia.

ANUNCIO.

Está próxima á publicarse por entregas de 16 páginas, edición de lujo ilustrada, una nueva obra de nuestro colaborador D. Carlos Alvarez Malgorry, que contendrá leyendas novelescas, cuadros sociales y filosóficos, novelas, obras dramáticas, etc.

Un tomo de 320 páginas, que costará 20 rs. en Madrid y 24 en provincias.

Las suscripciones y pedidos á la Administración de *El Mosáico*, calle del Prado, núm. 1, cuarto 3.º

Por todo lo no firmado,
El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.
Imprenta de M. Tello, San Marcos, 26.